

La poesía de Horacio Benavides: ver en la oscuridad

Por sombra la luz

HORACIO BENAVIDES

Seix Barral, Bogotá, 2021, 280 pp.

“[...] LO QUE vive en la obra de Horacio Benavides es la vida misma, o eso que tiene ese nombre: algo asombrosamente hermoso y doloroso, el ardor del pasado, la luz del presente, la vaguedad ebria y profética del futuro”, escribe en un texto inicial (“En senderos, el camino”) Adriana Mejía, quien también llevó a cabo la selección de los poemas que componen *Por sombra la luz*, donde se encuentra una muestra de cada uno de los libros publicados por Horacio Benavides (Bolívar, Cauca, 1949) hasta ese año de 2021.

Y es justo eso: una selección en la que es posible ver cómo la poesía de Horacio Benavides está hecha de su propia vida, con los altibajos que puede tener cualquier existencia, los momentos claros y también los oscuros, las tristezas y las alegrías, la memoria y el olvido, la violencia y la paz, el festejo y el luto. Como el oxímoron que ya contiene su título.

Este libro, al contrario de muchas antologías y reuniones de títulos, presenta los poemas del más antiguo al más reciente. En el primer poema de la selección, o sea en uno de los últimos escritos, ya la oscuridad ha sido tratada en tantos otros textos de la antología que, en general, se puede decir que acompaña la obra poética de este autor. Narra una noche oscura, habitaciones cerradas, relámpagos que iluminaban momentáneamente la montaña, y los caballos en un paisaje donde priman la soledad y la oscuridad. El final, como tantos otros en estos poemas, es un misterio que encierra la ausencia y la muerte:

BAJO UNA LLUVIA QUE NO MOJA

La noche era oscura / en las habitaciones cerradas / de la casa. / Escuchaba caer la lluvia / los goterones espaciados / de los densos cortinajes / movidos por el viento. / Veía los caballos

de pie, / durmiendo, / sus flancos espejeando por el agua. / En el paréntesis de la lluvia / venido del relámpago negro / el canto de la lechuza nunca vista. / Y a la luz de un relámpago / el espinazo de la cordillera / surgiendo / y borrándose en la noche. / Lo veía con los ojos cerrados / como ahora lo veo / donde no está. (p. 15)

Horacio Benavides es un poeta cuyos textos tienen claramente una fuerte presencia campesina y montañera; eso le da otro color, otras atmósferas, otra luz a su poesía. Y el dolor, por supuesto, de la muerte, las desapariciones y las violencias que supone vivir en nuestros campos. Aunque, claro, se sufre de esos mismos males casi en cualquier parte de nuestro país, urbana o rural.

La de Benavides es una poesía honesta hasta los tuétanos, verdadera. Narra sus ausencias familiares que retratan, al mismo tiempo, la realidad de un país, como aquí:

Ha detenido su mula / para saludarme / don Zenón Benavides // Un poco dolorida su sonrisa / su manera de indio / suave y lenta // “Creo Fidel que esta vez me toca” / me dice // Podríamos reír como otras veces / ¿pero quién esconde la mano / que señala? // Lo veo alejarse en su mula / por el valle / donde los bueyes siegan / la serena hierba. (p. 217)

Es como una versión de Juan Rulfo, de sus narraciones desgarradoras (llenas de poesía desgarradora), pero ciertas y magníficamente escritas. En Rulfo y en Benavides. Cuando no está expresada la oscuridad en estos poemas, está sugerida. Y la muerte, como en Rulfo:

Oigo en la hondonada un perro / un perro que ladra y ladra / como persiguiendo presa // Debe ser Evelio Silva / corriendo por el bosquecito / escarbando en los troncos podridos / comiendo gusanos blancos // Evelio Silva que luego / sentado en la colina / con la cabeza en alto / oteará el viento. (p. 216)

Sus mismos fantasmas que son los fantasmas de todos nosotros (por eso los leemos tanto, a Rulfo y a Benavides).

La diferencia sustancial entre estos poemas, así como los que denuncian

las realidades del oprobio vivido a diario en nuestro país, es que estos comportan el misterio, la sugerencia, la elipsis, el control de las palabras (“cortan el hilo / que nos ata / al agua oscura // y el hilo de oro / de los astros // Prestan luz / a la gris anciana / que las usa // agregan sombra / a nuestros ojos”, p. 205), y los otros narran en el poema la desfachatez prosaica de esa realidad. Son una denuncia explícita de las violencias que vivimos. Y lejos de la poesía. (Qué importa la poesía frente a tanta realidad desastrosa, dicen los que hacen esos poemas, pero sí importa: en la poesía de esos textos está su eficacia, en ninguna otra parte.)

Los títulos de sus libros denotan, en parte, la pérdida o la muerte o la oscuridad que contienen: *Tocar lo que no se ve*, *Cuerpo de tierra*, *El libro de las vocales olvidadas*, *Bajo la hierba o el cielo*, *Conversación a oscuras*, *Todo lugar para el desencuentro*, *Sin razón florecer*, *La aldea desvelada*, *Sombra de agua*, *Agua en la orilla*, *Las cosas perdidas*.

Pero Benavides también escribe poemas alegres o que sugieren la alegría, que celebran, por ejemplo, el cuerpo:

CUERPO VELADO

Hermoso cuerpo velado / más soñado que visto / creo haberlo tocado // Cuerpo que en el pasado / hizo presencia cantado / se insinúa en lo imprevisto. (p. 47)

Y escribe otros como en *El libro de las adivinanzas*, donde juega con el significado de las palabras, porque enseña a los niños. (Desafortunadamente, estamos acostumbrados a que los juegos de palabras, y los juegos en general, son para los niños; los adultos debemos estar en cosas más serias.)

Y también sobre el amor. Benavides tiene un libro donde escribe sobre este, sobre el erotismo, sobre aquellos mismos fantasmas, pero enamorados de ellos, como en este poema:

LA MARIPOSA DE TU ALMA CRUZANDO EL ABISMO

Una tarde de regreso a casa / escuchaste una música extraña / el crujir de mínimas armas / airados metales // En el barranco de tierra cuarteada / diste con un nido de alacranes / enloquecidos de vida // Barquero / hazle un puesto en tu

nave / a este muchacho / que quizá olvidó su moneda // Piensa que no es poco / escuchar una música / jamás oída. [La dedicatoria dice: “En memoria de Javier Benavides”] (p. 176)

Y les dedica un libro, en 2005, a estos poemas de amor: *Todo lugar para el desencuentro*. Allí el poeta hace lo que más le gustaría a cualquiera, que es hablar del amor, en vez de tener que hacerlo sobre la guerra, las desapariciones, la violencia, esos fantasmas que atormentan. Pero aun cuando habla del amor, de los cuerpos que ama, no renuncia al misterio, a la esencia del poema:

DICES LO QUE NO DICES

Déjame oírte / cuando no me dices nada // Tu boca canta / lo que calla // Tu cuerpo desnudo / narra lo visible // Déjame tocarte / sin tocarte”. (p. 167)

Hay razón en que esta poesía haya sido premiada, reconocida y, sobre todo, muy leída, como me consta por los préstamos de sus títulos en la biblioteca donde trabajo, por las audiencias en las presentaciones del autor y por los comentarios voz a voz, hablando de la poesía actual del país. Hay razón porque es una poesía que nos retrata (la mejor literatura es aquella donde el lector se ve retratado, donde siente que hablan de él), y el misterio que la soporta está íntimamente relacionado con lo inexplicable y las atmósferas de mundos sugeridos con palabras precisas, con palpitos no expresados que se trasladan al lector. Como es la poesía. Y no por ello la poesía (esta poesía) es inaccesible, sino todo lo contrario. La poesía de Horacio Benavides se parece mucho a nosotros, está hecha de nosotros, de la realidad misteriosa que somos.

Luis Germán Sierra J.